

Buenos Aires, septiembre de 2007

Señor Director
Revista del Notariado
Escribano Álvaro Gutiérrez Zaldívar

De mi consideración:

A propósito del anecdotario del escribano Wolfram Lüthy del que da cuenta la edición nº 888 de la Revista, y aún con muchos años menos de trayectoria que el colega, extraigo de entre tantos, tres episodios acontecidos al suscripto que tal vez resulten de interés para su publicación; alguno por lo cómico, otro por lo trágico.

El tío ya está en casa

Llevaba yo pocos meses en el ejercicio profesional cuando telefónicamente me consultaron por el otorgamiento de un testamento. Como se trataba de un trámite de carácter urgente y, por supuesto, a domicilio, se pretendía obviar una visita a la escribanía y suministrarme los datos por teléfono. Como no acepté, a la media hora el interesado estuvo en mi oficina.

Al fulano no le interesaba ninguna de mis explicaciones, sólo se manifestó preocupado en saber cuánto tardaría en prepararlo y *hacerlo firmar*. Aun así logré que me dijera que “el tío” de casi 90 años estaba internado desde hacía más de quince días en un sanatorio, que no tenía ninguna familia más directa que él y que su salud desmejoraba día a día, por lo que él –*que lo había cuidado los últimos años*– tenía más derecho que el Estado a quedarse con sus bienes.

Extendió sobre el escritorio una vieja Libreta de Enrolamiento *del tío* y un

papel en el que constaban anotados sus datos personales y los de los testigos, además de la escueta frase “*que dejo todos mis bienes a...*” para que la copiara.

Con el protocolo, la lapicera y una almohadilla entintada a cuestras, por las dudas, el *sobrino* me empujó a un taxi –que él pagó– y así llegamos al sanatorio Güemes, donde nos esperaban los testigos, por quienes el fulano se enteró angustiado de que habían trasladado al *tío* a terapia intensiva.

Le expliqué que en esas condiciones no era posible el otorgamiento y, ante las protestas de todos (testigos incluidos), volví a la escribanía a anular la escritura que no había cobrado. Esta vez pagué yo el taxi pues volvía solo.

Todo habría quedado en la anécdota del presuroso interés de un *sobrino* voraz y unos testigos malhumorados, de no ser que a la semana siguiente me volví a llamar: “¡Escribano!... Tenemos el problema solucionado y ahora no va a haber ningún inconveniente. El *tío* ya está en casa. ¿A qué hora puede venir *hoy* así llamo a los testigos?”.

Milagro o ciencia, sea como fuere, si el *tío* estaba bien, comprendía sus actos y podía hacerse entender de modo que su voluntad resultara indubitable, autorizaría mi primer testamento, con lo que al finalizar la jornada, otra vez con mi protocolo, la lapicera y la almohadilla, partí hacia el domicilio indicado.

A las siete de la tarde y en invierno un frío galpón derruido en Pompeya no parecía el mejor lugar para un convaleciente pero allí estaban, en la puerta, esperándome, el sobrino y los testigos. Tuve el tino de pedirle al taxista que me aguardara, y entramos.

Hacia el fondo del frío e inhóspito lugar se abrió una puerta de chapa que mostró una habitación más lúgubre y oscura aún. Sobre una cama estaba *el tío*, *descansando, profundamente dormido*, tanto que al final el sobrino, cambiando su tono, arremetió:

“Pero escuchame, sólo hay que ponerle el dedo y firmamos todos... ¿qué problema podés tener?”. Y alargándome a la mano un grueso fajo de billetes con una gomita, agregó uno de los testigos: “Con nosotros podés tener mucho trabajo, son todos viejos con propiedades y sin familia. Y rapidito que mañana se crema y a otra cosa”.

Literalmente mis piernas nunca fueron más rápidas hasta un taxi; y aun en casa no dejaba de tener palpitations. Los diarios informaron al tiempo que el *sobrino* y los *testigos* resultaron camilleros, ambulancieros y enfermeros que pescaban futuros difuntos adinerados y sin familia y escribanitos recién recibidos, incautos y ávidos de sus primeros pesos. En este caso eligieron bien al *tío* (que bien muerto estaba ya –claro–): un italiano constructor y soltero, propietario de tres edificios sin dividir en Mataderos; pero mal al escribanito.

Usted haga circular el papel

Cierta vez vendía una asociación civil en disolución que sólo había comprado tiempo atrás una propiedad para destinar a sede de algo que jamás llegó a funcionar. Todos sus miembros debían firmar la escritura y retirar parte del dinero: eran más de veinte y sólo dos residían en Capital, el resto estaba prácticamente diseminado por el país.

Entonces no existían el *fax* ni el *mail* (¡y no hace tanto!), de modo que preparé el modelo de los dieciocho poderes y los envié por correo.

Cuando el presidente de la asociación se enteró, puso el grito en el cielo: “¡Pero escribano!... ¿por qué complican las cosas ustedes?... Usted haga circular el papel por correo, que ellos lo van a ir firmando”.

Se refería a la escritura.

¿Le puedo pedir algo?

Los vendedores se presentaron como marido y mujer. Así figuraban en la escritura de adquisición y lo único llamativo era la avanzada edad de ella: 89 *contra* los 62 de él. Llevaron a la escribanía su título, sus documentos de identidad, su partida de matrimonio, las boletas de impuestos, expensas y servicios, y una fotocopia del boleto. Mi cliente me preguntó si estaba todo en regla y después del estudio de títulos le dije que sí.

El día de la escritura en el banco de los vendedores ellos llegaron media hora antes, con la típica puntualidad de las personas mayores que no tienen otra cosa que hacer, vestidos para la ocasión y de la mano.

Mientras esperábamos a los compradores, la mujer muy ceremoniosamente me preguntó si podría ganar tiempo leyendo la escritura y le extendí una copia simple, que leyó con tal detenimiento que impresionaba entenderla.

Entonces me llevó a un aparte y me dijo: “Escribano, ¿puedo pedirle un favor?”

No me sorprendí cuando continuó: “No lea la parte que dice mi edad ni mi grado de nupcias, ¿puede ser? Mi esposo no sabe...”.

Acepté. ¿Qué importaba?

Ella estaba casada en *séptimas* nupcias y había enviudado las seis anteriores...

Saludo a usted con toda consideración.

Hugo Daniel Hadis